

IN MEMORIAM

In memoriam del Dr. Fernando Álvarez Tostado y Álvarez Tostado

El pasado 13 de julio, en la ciudad de San Luis Potosí, falleció el Dr. Fernando Álvarez Tostado y Álvarez Tostado. Para la sociedad médica de nuestra ciudad fue una muy sensible pérdida por haber sido un ejemplo de calidad humana, ética y profesionalismo. Aunque el Dr. Álvarez-Tostado no fue asociado de la Asociación Mexicana de Gastroenterología, ésta sabe reconocer a quienes dejaron una huella de calidad con su ejemplo. La filial del estado de San Luis Potosí desea dejar testimonio de su vida, y hemos solicitado permiso para publicar en forma íntegra el texto leído por el Dr. Ayax Iván Ochoa Romo en la sesión ordinaria de la Sociedad de Gastroenterología del estado de San Luis Potosí, el 18 de julio del 2006.

Drs. Abel Salazar (Presidente) y Ramón Carmona (Vicepresidente)

“Con frecuencia me sucede que para poder decir algunas cosas, necesito sentirme entre amigos. Por eso, no es raro que en esos casos inicie mi exposición aludiendo a la frase de Ralph Waldo Emerson, quien decía que “un amigo es una persona delante de la cual se puede pensar en voz alta”. Esta noche, sintiéndome entre amigos, en voz alta quiero transmitirles algunas reflexiones, con la confianza de que serán toleradas gracias a su generosidad. Hoy me dirijo a ustedes para formularles una petición de ayuda. Personalmente, considero que acabo de terminar un ciclo muy importante en mi vida, que afecta la esfera de las relaciones humanas y específicamente a la evolución de un sentimiento tan noble como es la amistad.

Esta terminación me ha sido particularmente dolorosa, a grado tal que me veo en la necesidad de buscar en la paciencia y en la comprensión de ustedes, el tratar de disminuir la fuerza del impacto que recientemente he recibido.



Como todos ustedes saben, la semana pasada, mi amigo y el compañero de todos nosotros, el Dr. Fernando Álvarez Tostado, se ha marchado para siempre.

Nuevamente, la Medicina de San Luis Potosí, y en especial nuestra Gastroenterología, han sido heridas en una parte sensible y de muy alto valor humano. A los perversos se les conoce en muy poco tiempo. A los seres como Fernando, es necesario tratarlos a muy largo plazo para aquilar la grandeza de su perfil humano. Tuve el privilegio de conocerlo y convivir con él desde hace 38 años, cuando nuestro común interés por estudiar la especialidad nos juntó como alumnos en el entonces Instituto Nacional de la Nutrición, todavía ubicado en la antigua colonia de los Doctores. Juntos remontamos la cuesta del aprendizaje de esa disciplina que aún hoy tiene la magia de habernos congregado en este círculo, a profesionales y especialistas en ella, pero, sobre todo, más que nunca, hoy estamos en calidad de amigos. De él, todo el tiempo fueron dignas de admiración: su honestidad, la entrega sin cortapisas en aras de sus ideales, pero, sobre todo, su inmensa humildad. Siempre respetuoso tanto del idioma como de las formas de convivencia, era incapaz de crear situaciones de conflicto.

Como suele suceder con los hombres de nivel superior, fue parco en el hablar, pero prolíjo en el actuar. Como es propio de los buenos amigos, sabía llegar para ofrecer su ayuda, cuando todos los demás ya se habían ido. De él se puede decir que al llegar a un lugar tenía la actitud del que expresa: ¡Qué bueno que estás tú aquí!, en lugar de la egolatría presente en él: ¡Aquí estoy yo!

Siempre huyó de los reflectores, las presidencias y los cargos honoríficos. Sabiamente prefirió el goce austero de los regalos que día con día nos ofrece la vida. Creo que también las flores de su jardín, a partir de aho-

ra, van a extrañar la suavidad del cultivo y el trato personal que les brindaba, sólo comparable al que usaba con los órganos y los tejidos de sus pacientes, en las intervenciones quirúrgicas que les llegaba a practicar.

Dominó el difícil arte de convivir consigo mismo, por eso nunca tuvo ocasión de ser presa del aburrimiento. Su personalidad era muy proclive al disfrute de los grandes placeres que brinda la espiritualidad, como son: la música, los libros, la charla amena e inteligente entre amigos y los grandes viajes.

Con él efectué altos y prolongados vuelos usando nuestros sueños como alas. Nunca llegamos a acompañarnos en persona, pero siempre visitamos hermosos lugares y gente interesante. Con tristeza recuerdo ahora la deuda que el Destino le dejó de pagar, al no darle tiempo de pisar las tierras donde se originó la cultura occidental. Ojalá que algún día, desde las alturas de alguna acrópolis que nos acerque un poco, pueda yo brindar con él alzando una copa hacia donde ahora se encuentra. Este brindis lo entiendo como un compromiso personal que tengo con él, y que me impuse desde la mañana en que con impresionante entereza me informó, con toda precisión, los detalles de su enfermedad mientras disfrutábamos alguna de nuestras caminatas matutinas por el parque.

Su admirable fortaleza espiritual me hizo sentir que veía a la muerte sin terror, tomándola como otra gran aventura que probablemente tuviera que emprender.

Salió de esta vida, silenciosa y discretamente, tal y como siempre vivió, sin la saciedad que dan los placeres materiales, pero tampoco con hambre y sed de ellos.

Supo ganarse el cariño de Marcela, su esposa, con quien formó una hermosa familia y el de muchas otras personas que ya empezamos a extrañarlo. Esto es señal inequívoca de que con su conducta supo inspirar amor

en sus distintas manifestaciones, y de esa manera pudo marcar la diferencia entre el vivir y el solamente existir.

Con su partida hemos perdido un excelente cirujano, un buen gastroenterólogo, un magnífico compañero, pero, sobre todo, perdimos un hombre bueno.

Por fortuna, como suele suceder con los robles vigorosos, que aun cuando caigan abatidos por el rayo o los vientos, antes de diluirse en el tiempo, a su alrededor dejan retoños en vías de germinar, crecer y florecer, para que la naturaleza pueda continuar cumpliendo con el mandato milenario de seguir abriendo caminos para la subsistencia de las especies. Así entiendo la presencia de su hijo, ese otro Fernando, cuya noble estirpe lo deja en situación ventajosa, para mantener el prestigio y la calidad humana que le heredó su padre. ¡Tremendo compromiso! Pero estoy seguro de que lo cumplirá a cabalidad y con creces.

Finalmente, el favor que quería solicitar de ustedes, que ya cumplieron en parte con su paciencia para escucharme, se refiere a que le dediquemos ahora un minuto de silencio, y de esa manera me ayuden a tratar de comprobar si en el caso de Fernando se repite lo que sostuvo Rabindranath Tagore:

“Cuando mi voz calle con la muerte, mi corazón te seguirá hablando”.

Tal vez el silencio nos permita escuchar en algún susurro su amable despedida.

¡Qué lejos estaba yo cuando lo conocí, de saber que un día, con todo dolor, me tocaría decir las siguientes palabras!:

¡Descanse en paz nuestro amigo y compañero el Sr. Dr. Fernando Álvarez Tostado!”.

Dr. Ayax Iván Ochoa Romo